

## IN MEMORIAM

---

### Dr. D. Gustavo Villapalos Salas\*

Dres. D. José Sánchez-Arcilla Bernal<sup>1</sup>, D. Federico Fernández de Buján Fernández<sup>2</sup> y D. Arturo Romero Salvador<sup>3</sup>.



Presidente de la Real Academia de Doctores de España 1993-2001

Académico de Número de la Sección de Derecho, medalla número 33.

En su toma de posesión, celebrada el día 23-06-1993, pronunció el discurso de ingreso: *El concepto de norma fundamental*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=242>

---

\* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Gustavo Villapalos Salas celebrada el 13-10-2022

<sup>1</sup> Académico de Número de la Sección de Derecho de la RADE. [arcilla@der.ucm.es](mailto:arcilla@der.ucm.es)

<sup>2</sup> Académico de Número de la Sección de Derecho de la RADE. [fdebujan@der.uned.es](mailto:fdebujan@der.uned.es)

<sup>3</sup> Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales de la RADE. [aromeros@quim.ucm.es](mailto:aromeros@quim.ucm.es)

**GUSTAVO VILLAPALOS SALAS, DECANO RECTOR, PRESIDENTE DE LA RADE,  
ACADÉMICO DE LA RAJL, JURISTA Y HUMANISTA**

Dr. D. Federico Fernández de Buján Fernández

---

Nos congregamos en torno a una personalidad deslumbrante, que no dudo en calificar de “fascinante”.

Conocí al Prof. Gustavo Villapalos a través del Prof. Antonio Fernández de Buján, hace más treinta años. Después lo traté con confianza, siempre unido a la relación que tenía con mi hermano. A ellos los ha unido una amistad fraterna. Por ello la Junta de Gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación designó a mi hermano, para pronunciar su *In Memoriam*. Y quiero comenzar el mío retomando las palabras con las que él concluía el suyo:

*Gustavo Villapalos estuvo siempre profundamente unido a su familia, discípulos y amigos, con los que siempre tuvo una relación personal leal y generosa. De gran calidad humana, su trayectoria vital fue honesta, laboriosa, brillante y fecunda.*

Y comento yo: Así, Villapalos encarnó ese bello pensamiento de Saint d'Exupery que afirma: “Tengo para mí que la nobleza de un oficio es fomentar la relación personal”. Y añadido: Siempre he creído y proclamado que la relación académica solo puede construirse sobre una sólida relación humana, en la que Maestro y discípulo se entregan en plenitud. Cada uno hace por el otro todo lo que es capaz de hacer. Y si ello es así qué importa el cuánto, pues la balanza siempre estará equilibrada, ya que uno y otro se donan por entero.

En la medida de que el Dr. Sánchez Arcilla ha realizado un preciso relato de su trayectoria académica y sus méritos científicos, considero que mi tarea pudiera ser expresar según mi percepción su personalidad humana y después recordar en este acto algunos de sus pensares, sentires y quererres.

Villapalos era persona de inmensa altura intelectual, muy vasta cultura y portentosa erudición. Su ávida curiosidad por cualquier campo del saber y su insaciable inquietud intelectual le lleva a encarnar ese arquetipo de universitario, que ya apenas existe, para el que la meta de su quehacer, inalcanzable, pero al tiempo ideal, se confunde con la que enuncia el dramaturgo romano Terencio Africano cuando exclama uno de sus personajes: “Nada humano me es ajeno”.

En su condición de Rector de la Complutense, por dos mandatos, destacaría su labor incansable de lograr su proyección internacional. Dentro de ella sobresale, de forma

especial, la creación del Real Colegio de la Complutense en Harvard y los Cursos de verano de El Escorial.

En nuestra Real Academia toma posesión de la Medalla 33 de Sección Derecho el 23 de junio de 1993. Lee su Discurso de ingreso sobre “El concepto de norma fundamental” y le contesta en nombre de la Real Corporación el Académico Dr. D. Luis Martínez-Calcerrada Gómez. Se le concede la Medalla al mérito doctoral, en su categoría de oro. Ostenta la Presidencia de la Real Academia entre 1993 y 2001. Pasa por decisión propia a la condición de Académico Supernumerario en 2012.

En su condición de Humanista, quería recordar la faceta de escritor de ensayos, libros de Historia y sobre cine. Entre los primeros destaco “El libro de los valores” -en coautoría con Alfonso López Quintás- que considero excepcional tanto por su contenido de gran valor moral y pedagógico como por su brillante escritura.

Resalto, asimismo, otros tres libros pertenecientes a este género, los dos primeros son escritos en coautoría con Enrique San Miguel, su discípulo predilectísimo, que se mantuvo siempre fiel, solícito y afectuoso a su lado, en todas las horas, las buenas y las malas.

“Los valores de los grandes hombres” es un texto espléndido, por su erudición y hondo, por la finura con la que aborda, en muy pocas páginas, lo mejor de personajes que han hecho historia y que la mayor parte son auténticos modelos humanos. El segundo es “El evangelio de los audaces diez gobernantes que ejercieron el poder sin renunciar a sus creencias”. Se trata de una obra sobre diez políticos, de enorme repercusión en la sociedad de su tiempo, traspasando las fronteras de sus Estados, que se caracterizaron por hacer pública su formación y sus convicciones de fe católica.

El tercero, de su sola autoría, es “El libro de la amistad” en el que nuestro pensador humanista analiza -con la finura y la sapiencia que le caracterizan- una de las más bellas realidades humanas. Y para ello, como no podría ser de otra manera en su culta personalidad, parte de los clásicos. Así, sobre Lisis, el ensayo dialógico de Platón, afirma que es el “...primer documento literario de la historia de la Humanidad en el que se lleva a cabo una profunda reflexión sobre la amistad”. Es también digno de ser reseñado que para la portada de este libro el A. eligió, con primoroso criterio, el lienzo de Murillo “Niños comiendo melón”, como imagen modélica de una amistad en la que se comparte, con alegría, lo que se tiene.

Un espléndido ensayo iusfilosófico y político fue su obra “Justicia y Monarquía” que presentó como Discurso de ingreso, en 1997, en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, siendo contestado por José María Castán Vázquez.

En cuanto a libros de Historia descuellan sus obras “Momentos decisivos de España”, - también en coautoría con Enrique San Miguel-, “Fernando V” y “Reyes de Castilla y León”. Realiza un certero análisis de un tema complejo y convulso de nuestra historia política contemporánea en “Momentos decisivos de España en Cataluña en la Unión europea: los perfiles históricos, jurídicos y políticos de una realidad diferenciada”.

En cuando a su pasión y conocimiento del “séptimo arte” resalto sus dos obras, en coautoría con Enrique San Miguel: “Cine para creer”, delicioso libro que contiene el elenco de una cuidada selección películas con contenido trascendente, de las que realiza una extraordinaria síntesis y análisis; y las magníficas “Enseñanzas de cine”.

A todos ellos debe añadirse que tuvo la fortuna de ser coautor con su Maestro de la magna obra “*Las expositiones nominum legalium* y los vocabularios jurídicos medievales”.

De su poliédrica personalidad destacaría: su relación intelectual estaba envuelta en el aire de cordialidad; su espíritu positivo le permitía afrontar la, a veces, compleja vida universitaria; y su carácter comunicativo, que le llevaba a interesarse por la esfera privada de quienes estaban a su lado, creando el tejido de una verdadera relación humana.

Era, como se ha dicho, discípulo de D. Alfonso García Gallo al que siempre sólida y perenemente vinculado con respeto y afecto. Y tuvo la fortuna de ser correspondido con un hondo valoración y cariño.

Para mi intento de refrescar algunos de sus luminosos pensamientos, y hondos sentimientos, me serviré de la excepcional Necrológica que Villapalos dedica a su Maestro García Gallo y realizaré el intento de formular algunas glosas, con propósito de corroborarlos.

Al inicio aclara: *Alfonso García-Gallo, para mí siempre Don Alfonso -pese a su empeño, nunca le apeé el Don.*

Yo también he llamado siempre a mi Maestro “D. Manuel” En algunas ocasiones me dijo que le “apeara” el Vd. Yo le pregunté, lo que ya sabía: ¿cómo había llamado él siempre a su Maestro d`Ors? Y me respondió: D. Álvaro. Y repliqué: “pues así también lo haré yo. El Maestro Cuenca Toribio, me descubrió una de esas reflexiones, luminosas y paradójicas de D. Eugenio d`Ors, al escribir: “*Me gustaría morir en los brazos de un amigo que me tratase de Vd.*”.

Y es que un cierto papanatismo imperante no es capaz de comprender hoy que el trato de Vd., en absoluto tiene que implicar supremacía o distancia, sino solo respeto. Yo lucho por mantenerlo con riesgo de ser malinterpretado. Siempre he creído que no se opone al afecto o la confianza. Es cuestión de educación y depende de las circunstancias y de las personas.

Continúa Villapalos diciendo de su Maestro: *Fue servidor de la pasión científica...que la vivió como una auténtica misión. Luchó por sus discípulos con desmesura que ni ingraticudes ni olvidos podrán borrar...*

Y añade Villapalos de su relación formativa al lado de García Gallo: *Ante cualquier duda, siempre nos quedaba este recurso: lo sabrá Don Alfonso...* ¡Qué gran verdad, para los que tienen el privilegio de formarse con un verdadero Maestro, como el de Villapalos!

Y es que se pongan como se pongan hoy, los que predicán un antinatural principio igualitario en la realidad académica, ello es una falta de conocimiento de su esencia cuando no, una burda una falacia.

La Universidad estuvo y estará siempre presidida por relaciones desiguales, no debido a categorías administrativas, sino en atención a distintos grados del saber.

Así, para que la ciencia progrese y para que la Universidad cumpla su misión docente e investigadora, deben existir unos Maestros que dirijan y discípulos que se pongan en disposición de ser dirigidos. Lo que, obviamente, no anula la iniciativa de éstos, pero, en todo caso, implica siempre la guía de aquellos. Así, el Maestro es para el discípulo, como afirma Marañón, *“sembrador de ideas...que deja en sus discípulos la tierra fecunda y una vez hecho eso, su saco de grano queda vacío, por lo que, si quiere seguir sembrando, tiene que llenarlo otra vez”*.

Francisco Nieva denuncia cómo había percibido que las generaciones más jóvenes entendían como un signo de progreso la falta de consideración a sus maestros. Pero concluía augurando, que esa fauna iconoclasta debería remitir, pues, se hace preciso conservar a los maestros como una “forma de ecología cultural”.

Afirma Villapalos, con incontenida emoción, sobre su ininterrumpida e intensa relación con su Maestro: *Pocos pueden preciarse, como yo, de haber sido su alumno en la licenciatura, de ser dirigido en mi Tesis doctoral y de trascurrir bajo su magisterio en toda mi formación.*

Y concluye en apretada y elocuente síntesis: *De tal modo que, con orgullo, puedo considerarme intelectualmente obra suya...Yo, convencido de su pensar, quisiera glosarlo diciendo: Estoy plenamente persuadido de que “no somos nada sin referencia a los otros”.* Es así certero, el célebre pensamiento orteguiano: “Yo soy yo, y mi circunstancia y si no la salvo a ella, no me salvo yo”.

Y ahora yo pregunto ¿cuál es esa circunstancia? Y respondo: El espacio, tangible e intangible, en el cual cada uno de nosotros nace, crece y madura. ¿Y en qué se concreta ese espacio?,

me repregunto: Y contesto con inmediatez, en esa constelación de personas que conforma el universo vital de cada uno de nosotros.

Y pienso que Villapalos suscribiría lo que un día escribí: “He recibido de algunas personas a las que tuve el privilegio de `tratar, querer y ser querido por ellas’: fuego, aire, agua y tierra. El fuego de la vocación, que ha moldeado mi trayectoria académica. El aire del apoyo, pues su brisa ha calmado mi ánimo y su viento ha impulsado mis acciones. El agua del ejemplo, que ha regado mis capacidades e infundido mis actitudes. La tierra de la entrega, pues los demás me han donado una superficie sobre la que sembrar y recoger”.

En septiembre de 2014 Gustavo Villapalos fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Rey Juan Carlos, de la que había sido su promotor e impulsor. Con ocasión de ese galardón. A los pocos días, le dediqué mi columna “Inter Nos” en ABC. Permítanme reproducir algún párrafo de la misma:

“En el Paraninfo le acompañan un nutrido grupo de personalidades de los ámbitos científico, político, económico y cultural. No podría ser de otra manera pues Villapalos tiene una fecunda proyección social.

Pronuncia una brillante Lección magistral que articula en cuatro pilares nucleares de su pensamiento: familia, Universidad, España y cristianismo. De la primera afirma, con elocuente testimonio, que es el núcleo esencial de la sociedad en el que se fijan los valores y se aprenden las actitudes que conforman el devenir vital. De la Universidad demanda el cumplimiento del papel histórico que siempre le ha correspondido en el debate y resolución de los problemas que cada tiempo plantea. Se refiere a España dando voz a pensadores, historiadores y poetas que, desde distintas ideologías y sensibilidades, reivindican su condición de patria común de todos los pueblos que la integran. Termina proclamando con pasión su Fe: `Soy cristiano, me enorgullece y reconforta afirmarlo. El humanismo cristiano es raíz y esencia de Europa”.

Concluyo. Y lo hago leyendo el hondo sentimiento con el que Villapalos termina la Necrológica de su Maestro: Apunta, con el alma henchida de esperanza:

*Dentro de bien poco, en la otra vida, reanudaremos otra vez nuestros diálogos, extrañamente a la vez elusivos e intensos. Allí volveremos a ser Don Alfonso y Gustavo.*

Y cuando leo esta lúcida y esplendorosa convicción, evoco la conciencia, tantas veces ya sentida, de que cuantos más años cumplimos, más sufrimos la pérdida de un número notable de seres que han sido esenciales en nuestra vida.

Y que, en alguna medida, cuando uno de ellos se nos muere, - e introduzco el posesivo “nos”, en sentido estricto- “nos” morimos, en parte con él, pues ya no será posible continuar a su lado, disfrutándole. Y además se frustra todo lo que habríamos proyectado hacer juntos. Y perdemos sus quereres y saberes, que tanto nos habían reconfortado y enriquecido. Sentimos pues, en cada muerte, la orfandad de quien pierde un referente.

Suele decirse que no se muere del todo, hasta que fallece la última persona que te mantiene en su memoria. Pero quiero ir más allá... hasta el “*Non omnis moriar*” de Ovidio y también de Horacio.

El que nos deja, continúa entre nosotros con una presencia invisible pero no por ello menos real, pues lo “real” no coincide siempre con lo “material”, sino con lo que “existe”.

Así, la expresión *scomparsa*, que tanto se utiliza en Italia, para referir la muerte de una persona, me parece acertadísima. No tiene una voz similar en español. *Scomparire* no es morir, sino solo supone desaparecer para ello y “dejarla de ver” para nosotros.

Einstein ha demostrado que el tiempo es una categoría relativa. Por ello, a la muerte de un amigo sentencia: “Ahora se ha apartado de este extraño mundo un poco por delante de mí. Eso no significa nada... la distinción entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión persistente”.

Y es que los que hemos tocado con el don de la Fe tenemos, como Villapalos, una certeza que nos consuela plenamente y que nos provoca alegría inefable. Sabemos que la muerte no es capaz de destruir, sino solo de interrumpir nuestra relación.

Y los creyentes, así lo expresa Villapalos, pedimos al cielo retomar la relación. Es la alegría, consecuencia de la esperanza y basada en la fe.

Finalizo con una plegaria: ¡Oh, Dios, te rogamos que hayas recibido en tu seno a Gustavo Villapalos, que nos has permitido compartir su vida, al que tantos queríamos y admirábamos... y que, a todos, hoy, tanto nos falta!